

# El inefable Dios de la poesía

**E**

s posible que sólo pueda hablarse de Dios mediante la poesía. Los poemas, como ha escrito **Octavio Paz**, no son sino "correspondencias, ecos, de la armonía universal". Desde los primeros tiempos la palabra y el ritmo se asociaban a las cualidades de los dioses, quizá porque la poesía como la religión abren caminos en el corazón del hombre a los que la razón no puede acceder. Tanto una como otra son capaces de revelar, es decir, de levantar el velo que nos separa de la verdad. Ambas experiencias, por tanto, hablan al hombre de su constitución esencial, de su naturaleza participativa de lo Otro, y su origen señala ese carácter. El término "religión", vinculado al verbo latino "*religare*", apunta a ese estar atado a todas las cosas. "Poe-

sía", por su parte, deriva del verbo griego "hacer", y nos recuerda que el hombre es reconstructor, mediante la palabra, de esa identidad perdida, de ese momento en que todos éramos uno en el Ser al que un día volveremos.

En el caso de la poesía, el ritmo no sólo la constituye como género, sino que la vincula con otros elementos del universo como las olas, la eterna sucesión de las estaciones, el corazón o la respiración. Todo lo que está vivo se asocia a esa cadencia, al compás que late bajo ese cosmos que sólo alcanzamos a vislumbrar mediante la imaginación o el poema.

Por ello, quizá, la palabra poética contiene unas capacidades expresivas que no poseen otros textos. Debido a su naturaleza metafórica es capaz de llevar al hombre más allá de la lógica. El uso metafórico del lenguaje juega con esa aptitud para expresar lo común de realidades distantes, algo a lo que nuestra mirada convencional no está acostumbrada. Por lo tanto, el lenguaje figurado no inventa, sino que abre vías de acceso, puertas a las dimensiones planas de nuestros sentidos. De ello se deriva que la poesía sea la vía perfecta para hablar de la experiencia espiritual, como así lo atestiguan todos los textos líricos incluidos como lugares sagrados en las distintas tradiciones espirituales.



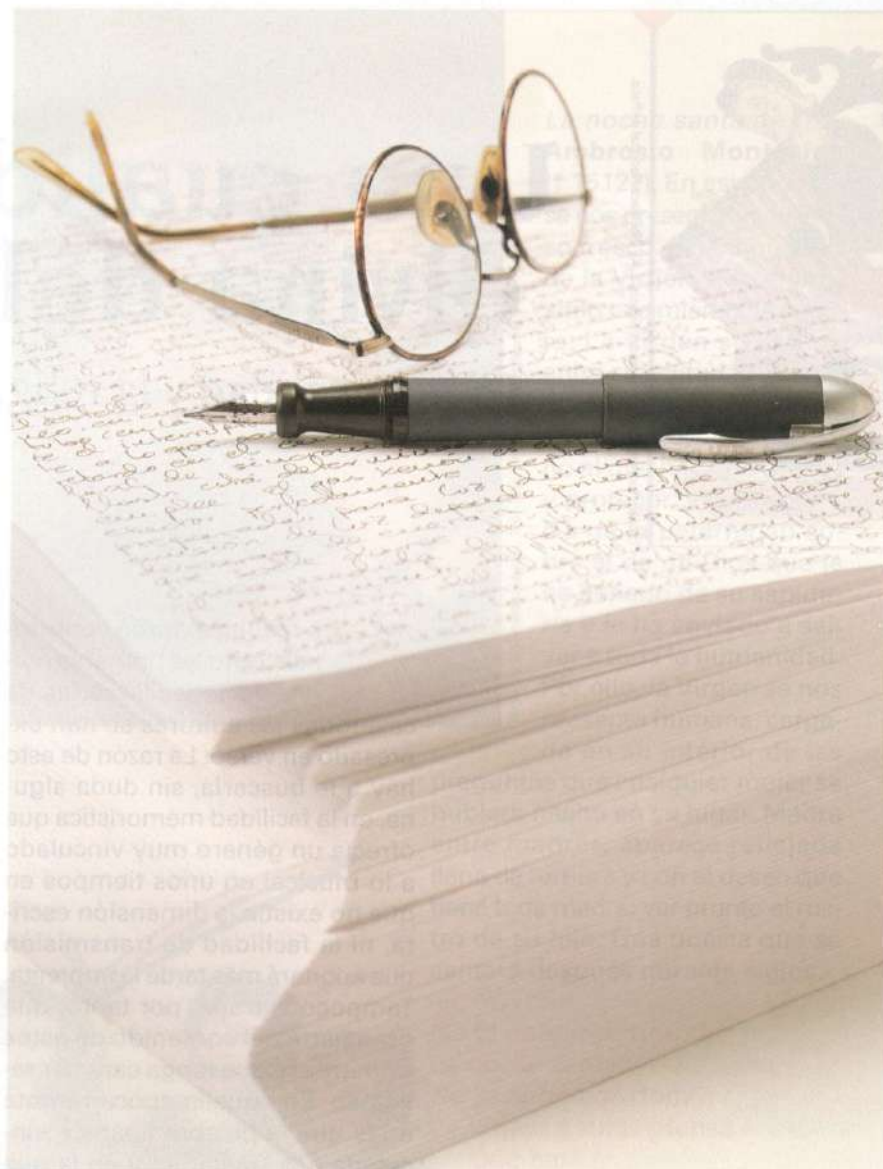
## La palabra y el silencio

Siempre se ha dicho que el sujeto de la experiencia religiosa tiende al silencio. Puesto que la palabra resulta de un acuerdo social para referir las experiencias cotidianas y comunes, todas aquellas manifestaciones de lo real que se sitúen en los bordes de lo colectivo quedan fuera de la expresión social. De aquí que toda experiencia intensamente personal, como es el encuentro del hombre con Dios, sea difícilmente nombrable. Sin embargo, el hombre, sujeto de este encuentro, invadido profundamente por la luminosidad, por la certeza y por la esperanza, se ve impelido a hablar y transmitir el gozo que le inunda. Y, así, empujado hacia las dos orillas que le circundan, se debate entre el silencio y la palabra. El poema surgirá de esta necesidad afirmada por san **Agustín**, cuando escribe que su motivación es "no por decirlo, sino por no callar".

## Poetas y profetas

Los poetas que señalan a Dios en sus palabras son, por tanto, los profetas de nuestro tiempo. Son los hombres que han conseguido depurar de su utilidad al lenguaje, hasta volverlo vivencia anterior al habla, nombrada también desde siempre en los escritos de otras culturas. Así escuchamos a **Ibn Abad de Ronda** cuando se refiere a esa identidad entre continente y contenido, entre palabra y experiencia con la imagen de la copa y el vino: "La copa era tan pura y tan límpido el vino / que se confundían al extremo de no saber si / allí había vino sin copa o una copa sin vino."

Lo inefable sólo se puede rozar levemente con un lenguaje que diga más de lo que dice, con un grito que sea a la vez canto y mudez. No desde el discurso lógico que encadena lo casual, sino desde el chisporroteo que surge de la ilogicidad de la belleza lírica. Ritmo



y retórica se unen, entonces, para nombrar la fuente original del mirar poético, que antes que palabra, o quizá a la vez, está siendo experiencia primordial del ser. Palabra, sin embargo, que aún así es reconocida por los propios autores como insuficiente. Quizá por ello, un escritor como **Eckhart** afirme que "todo lo que digas de él es falso" y san **Juan de la Cruz** también indique que "todo lo que se dijere es tanto menor de lo que allí hay".

De esta cualidad de dejar impresa a la vez que de expresar el alma participa tanto la palabra religiosa como la poética. Ambas se sitúan en los extremos de la experiencia y del testimonio, y se manifiestan en los poetas que, desde la bús-

queda o el encuentro, desde la oscuridad o la luz, desde la pregunta o la respuesta, han sentido la necesidad de acercarse a Dios y cantarle en versos. Ante el fulgor de lo sagrado el hombre sólo puede callar o escribir un poema, el otro rostro del silencio, y compartir la certeza metafórica del poeta japonés **Buson**, quien en un flechazo de embriaguez lírica afirmó:

Ante los crisantemos blancos /  
las tijeras vacilan /  
un instante.

Sin duda alguna, ese instante de temblor sagrado, que revela el infinito punto de luz en que converge todo, es el poema. ♦